

Una expedición reflexiva

Gustavo Íñiguez

CAMINAR PUEDE ENTENDERSE COMO SINÓNIMO DE VIVIR si reflexionamos que una de las grandes metáforas asumidas por el imaginario es la de la vida como camino. El hombre es, entonces, quien debe andar, detenerse y tomar una de las posibilidades que se le presentan. Esto me conduce, casi naturalmente, a una de las variaciones más afortunadas que encuentro: la que propone el poema de Robert Frost “The road not taken”. En Frost, la vida se vuelve una ruta hecha de caminos en la que el “viajero solo” se encuentra ante la encrucijada: “Dos caminos se bifurcan en un bosque y yo, / yo tomé el menos transitado, / y a eso se reduce toda la diferencia”. Esta diferencia, que en el poema está marcada por la libertad de elección, es un tópico coyuntural en el que me apoyo para referirme a lo que la caminata otorga.

Frédéric Gros¹ define la expedición, que diferencia de la marcha, como una libertad agresiva, salvaje, que se consigue con llegar a estar en lo que él llama el “gran afuera”, y caminarlo. Es ahí donde el hombre se encuentra con su propio límite frente a la naturaleza y, entonces, “andar puede provocar excesos: un exceso de cansancio que lleva la mente al delirio, un exceso de belleza que sobrecoge el alma, un exceso de ebriedad en las cimas, en lo alto de los puntos de montaña (el cuerpo estalla). Caminar acaba por despertar en nosotros esa parte rebelde, arcaica: nuestros apetitos se vuelven toscos e intransigentes, nuestros ímpetus, inspirados”. La síntesis con la que define la expedición plantea lo nutricional, la multiplicidad de elementos que recoge quien camina: la exuberancia que puede desencadenar lo poético.

Podríamos pensar en Whitman, en el sentido de lo poético que se desencadena a partir de andar, como el caminante por excelencia. La totalidad de su obra da cuenta de un largo recorrido en la que el poeta nos narra su exuberante expedición: enumera el exceso en sus mínimos detalles; expone el delirio de estar enyebado de paisaje o la belleza que alcanza la altura de la sensualidad que embriaga al cuerpo hasta conducirlo al estallido (como sucede

¹ *Andar, una filosofía*, Frédéric Gros, España Taurus, 2014, 284 pp.

al cuerpo en las altas montañas en Gros). Whitman, el Jesú norteamericano, como lo ha llamado Harold Bloom,² nos deja la experiencia de que a la expedición se parte con el cuerpo:


Como Adán, temprano en la mañana,
salgo de mi morada repuesto por el sueño,
mírame a mi paso, escucha mi voz, acércate a mí,
tócame al pasar, desliza sobre mi cuerpo la palma de tu mano,
no tengas miedo de mi cuerpo.³

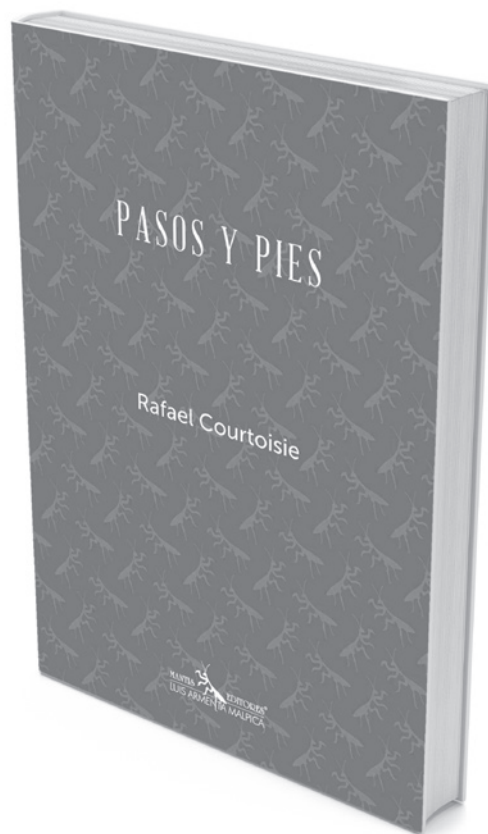
Al asimilar los elementos que se cruzan para conformar la metáfora esencial de la vida como camino, el poeta uruguayo Rafael Courtoisie añade un elemento más: el libro. Con esto llega a la resolución de un silogismo: “El libro se escribe mientras se camina en una inmensidad minúscula [...], cada huella junto a otra forma una palabra diferente y cada grupo de palabras un laberinto de caminos: se encuentran, se bifurcan, se curvan...”. La vida que en Robert Frost se presenta como una ruta hecha de caminos y que en el poema presenta la bifurcación, en Courtoisie va más allá en una variación notable: la vida como laberinto.

Desde esta perspectiva de lo intrincado, parte; y, sin perder la libertad electiva, la cuestiona al sujetar la voluntad al deseo para decirnos: “quien camina está condenado a llegar./ Caminar es la expresión de un deseo con los pies”. El libro de *Pasos y pies* puede leerse, así, como un deseo que impulsa al poeta e invita al lector a seguirlo: en este poemario la escritura de Courtoisie es una expedición (guiada) a un laberinto.

La sensibilidad del caminante lo lleva a detenerse de tanto en tanto a contemplar y, ahí, recoger los elementos de la reflexión en una caja vacía (“¿Por qué esta caja de cartón vacía, estúpida, insignificante,/ no cesa de cantar en la existencia?”). Este espíritu recolector (en su raíz etimológica también implica lectura) parece una consecuencia natural del caminante, que lo lleva a formar un gabinete con lo que ha reflexionado a partir de lo visto. Intercalando los poemas que reflexionan sobre la caminata y los que se refieren a los conceptos que se elevaron de las cosas por las que ha pasado los ojos, nos dice lo que ha decidido leer; retoma el concepto de la libertad que, aunque en la constante encrucijada del deseo nos transmite, en la expedición es salvaje.

La piel de la noche nos envuelve y el pensamiento de la noche nos rodea, nos abriga y nos desnuda, nos deja solos, a la intemperie, en medio de la inmensidad de la creación interminable.

En este poema, la imagen de ese “gran afuera” sobre el que hemos reflexionado nos deja ante la impronta estética que conforma *Pasos y pies*: esa exuberancia que resulta del ejercicio dialógico que realizan los pies en el paso. La idea que queda de este diálogo físico, y que Courtoisie conduce, desemboca en el lenguaje para que se manifieste el poema. La altura en la intensidad de estos textos lleva al lector a percibir los excesos a los que se refiere Gros y que aquí están presentes de una forma hábil, con la que se alcanza la síntesis. En el poemario más reciente del poeta uruguayo el lector está expuesto a experimentar la sensación de una gran expedición reflexiva y estética. 



Pasos y pies

Rafael Courtoisie

Guadalajara, Mantis editores, 2017, 68 pp.

² *El canon occidental*, Harold Bloom, Barcelona, Anagrama, 2012, 592 pp.

³ *Más de dos siglos de poesía norteamericana*, selección y prólogo de Eva Cruz, México, UNAM, 1993.